

LOS MONTES MALDITOS

En un brinco impresionante de unos cuatrocientos kms. de distancia aérea vamos salvando un paisaje de características salvajes, valles encajonados, profundos lechos de poderosos y avasalladores ríos, ahora secos por la sequía estival; derrumbaderos impresionantes y angostos desfiladeros como el del Ventamillo, frescos y húmedos hoyos, aldeas pintorescas y pequeños pueblos ensombrecidos por la atávica pesadumbre que ha ido depositando en ellos la furia devastadora que, ciega e implacable, cae y viene de la montaña que los domina. Por todas partes sembrados arrasados por la última tormenta o por el último turbión incontenible; puentes ruinosos que no pudieron resistir más tiempo el furioso embate de las líquidas avenidas; carreteras hundidas, devastadas por los derrubios que súbitamente se precipitaron sobre ellas... por todas partes el testimonio de una naturaleza viva, hostil e irresistible...

* * *

En cinco horas puede alcanzarse desde los 1.147 mts. de Benasque el Refugio de La Renclusa. El estrecho valle que en esta ocasión recorreremos constituye la alta cuenca del Esera y nos ofrece un paisaje clásicamente alpino que nos envuelve en ruido y nos recrea con sus contrastes de ásperos grises calizos y el verde esmeralda de su hermosa vegetación; bajo el agudo perfil de las cotas bravías coronadas de ventisqueros que brillan al sol de la mañana, ensordecidos por las aguas que desde ellos se despeñan hacia el río, paulatinamente vamos dejando atrás parajes nuevos. Así, el Castillo de Benasque, el Pont de Cubert que dá acceso al vecino Valle d'Astós, la pequeña campa o Plan de Rosech, el torrencial caudal del Vallivierna, el Plan del Balneario, cuyas calci-

nadas ruinas se nos muestran sobre un altozano a la derecha, el Plan del Campamento, el del Estan con la pequeña charca que le caracteriza y da nombre y, más arriba, en la vecindad de los puertos de La Picada y Benasque que comunican con el Valle de Arán y con Francia respectivamente, el Plan del Hospital ya a 1.758 mts. sobre el nivel del mar. Finalmente, dejando a la izquierda el camino que sigue por el Trou del Toro al lago y Valle de Barrancs, llegamos a La Renclusa cuyos refugios se hallan a 2.133 mts. en el no muy amplio rellano natural que existe entre los Picos Renclusa y Paderne, a los pies de La Madaletta.

* * *

Todavía no hemos llegado a la meta y ni aun con la imaginación podemos alcanzar la invisible cima ambicionada. El nivel de los 3.404 mts. del Aneto se halla ahora de nosotros a 1.271 mts. de longitud vertical y a unas 5/6 horas de escalada y de marcha sobre nieves y hielos. Aquí, mientras descansamos, hemos de preocuparnos de que no nos falte nada mañana: la cuerda, los piolets y al menos un par de «crampones», alimentos de poco peso y volumen pero de gran valor calórico; con ellos metamos también en las mochilas ropas de abrigo, gafas negras, la brújula, los pitillos, las cerillas... y engrasemos las herradas botas. ¡Que nada falte!

El Aneto

Es ya otro día y madrugamos. A las altas cimas se ha de salir de noche si el tiempo es propicio. Mucho antes de amanecer andamos ya bajo las estrellas escalando penosamente por espacio de dos horas los bloques de granito que constituyen las laderas occidentales del Pico Renclusa. Poco a poco, muy poco a

poco; en la oscuridad vamos salvando los 775 mts. de desnivel que existen hasta los 2.908 mts. en que se abre el paso conocido por El Portillón Superior, grieta natural cortada por la erosión en el erizado espolón que divide casi exactamente en dos las laderas septentrionales del macizo. Es casi de día cuando trasponemos la estrecha hendidura que nos abre de par en par las puertas de una impresionante orografía; por primera vez contemplamos la blanca masa de su poderoso eje y, al caminar poco después sobre el helado y a veces traslúcido tapiz que en adelante alfombra el camino que habremos de seguir hasta su mismo vértice, el Aneto de las leyendas nos produce una extraña impresión que solo lograremos descifrar cuando ya de regreso, horas más tarde, volvamos a hallarnos en las proximidades de este lugar. Ahora, silencioso e iluminado por la incierta luz amarillenta del buen sol que asoma tras las no muy lejanas crestas catalanas, «El Padre de las Aguas Ibérico», «El Altar de las Tromentas», todavía está yerto, aun no ha despertado de su gélido letargo nocturno. Sobre el «nevé», el ruido que pudiera producir nuestro pisar se ahoga en su frío mullido como si pusiéramos en nuestros movimientos ese intencionado recogimiento cauteloso que damos al andar cuando entramos en un lugar sagrado cuyos habitantes nos inspiran temeroso respeto...

He aquí el Cuello Maldito de triste memoria pero de vistas maravillosas sobre la cuenca lacustre del Cregueña; separa Las Madalettas del Pico del Mig cuya cumbre cercana bordeamos con ciertas precauciones pasando entre su profunda y ancha «rimaye» y las primeras grietas todavía poco desarrolladas que irán adquiriendo proporciones desmesuradas a medida que transcurre el verano. Tanteando, tanteando, paso a paso, hemos alcanzado el Col des Coronas (3.173 mts.) y, más arriba, estamos ya ascendiendo por La Pala, última giba casi vertical que reverbera cegadoramente devolviendo torrentes de luz al sol que brilla en pleno mediodía. Tras la lustrosa rampa, la cima queda

a muy pocos metros de nosotros, en realidad separada únicamente por el estrecho aunque no largo cuchillar cimero que ha sido bautizado con el nombre de Paso de Mahomet, toda vez que, quien se decida a entrar en él habrá de humillar su espinazo mirando al oriente, como si un invisible muezín gritara a los vientos todas las oraciones del Profeta...

Antes de decidirnos, inevitablemente contemplaremos los graníticos bloques que permanecen incomprensiblemente allí cerrando la divisoria entre los dos verticales cortes que tienen como fondo las aguas característicamente azules del Lago de las Llosas, al Sur, y las del de Barrancs, al Norte, pequeño e insignificante en la vertiginosa distancia, bajo la suspendida masa de las 230 hectáreas del glaciar cuya cabecera pisamos y que, deslizándose vertiginosa hacia el fondo del circo semeja un inmenso lamparón de cera derretida. Ya estamos avanzando sobre el vacío... ¡Atención! Hé aquí la férrea crucecilla de hierro que señala el paraje donde el guía Sayó y su cliente, primero, y otros varios después se despeñaron fulminados por el rayo... Al verla, a pesar de la difícil postura en que nos encontramos, un impulso instintivo nos forzará a mirar con inquietud el firmamento aun en la certeza de que permanece absolutamente sereno y limpio de nubes. Sentados, tumbados, de rodillas o de pié, avanzando con lentitud por el corto cuchillar, aquí, a los 3.404 mts. de altitud, sujetándonos afanosamente en las rocas incomprensiblemente suspendidas entre hielos y abismos, la cuerda tiene un insospechado y fuerte lenguaje; cada vibración de su torcido cáñamo nos hará experimentar una indefinible sensación en la que se mezcla el temor con la confianza, el egoísmo con la generosidad llevadas al extremo y, todos, todos nuestros sentidos adquirirán una vivacidad extraordinaria supeditada a un alerta rudo y constante por el conjunto de la cordada... Así, un tanto aturdidos por una serie de fuertes emociones nunca hasta ahora sentidas, llegamos a la cota geodésica más ele-

vada del itmo pirenaico, y en ella giramos una y otra vez sobre nosotros mismos queriendo contemplar el inmenso paisaje que se nos ofrece entre dos mares, entre dos llanuras infinitas, partido en dos por el gigantesco levantamiento telúrico; pero, sin lograr salir de nuestro aturdimiento, todo se nos aparece como una desdibujada e imprecisa mancha de color terroso que brilla bajo los reflejos del sol que ha pasado su cenit y que inunda el espacio con un derroche de despiadada luz...

* * *

Ya de regreso, en este momento hemos alcanzado el último sector del glaciar y el Aneto se nos muestra en toda su magnificencia. A pesar de la serenidad intensamente azul del éter, una blanca nubecilla ha venido —no sabemos de dónde— a enredarse en él. La plástica y cegadora masa que desde hace cinco horas venimos pisando se ha reblandecido considerablemente y un sordo e inquietante rumor lo domina todo. A veces, la capa de hielo se hace transparente y bajo ella vemos correr cristalinas venas de agua y, en ocasiones, a la sola presión de nuestros cuerpos en movimiento, el enorme torrente que se precipita invisible por todas las laderas surge arrollador a la tersa superficie y se desliza por ella en forma de líquido alud, envolviéndonos en su aparatoso tumulto, amenazando arrastrarnos con él. Es ahora realmente cuando la cruel y a la vez bené-

fica deidad antropomórfica que para el hombre postpaleolítico habitaba en la excelsa montaña, resulta ser la cantera inagotable de nuevos elementos físicos que se nos presenta viva, en plena generación de energía, en plena función renovadora, desprendiendo de sus entrañas mismas, con la destrucción, simultáneamente la vida y la riqueza.

* * *

Un tanto acobardados, seguimos el curso de los alborotados caudales que de forma tan impresionante hemos visto nacer. Extrañados, ansiosos de tonos oscuros en los que descansar nuestra vista, hemos abandonado el glaciar perdiéndonos en el dédalo terrible y agotador de la morrena terminal del pequeño glaciar de La Madaletta. Unas veces deslizándonos sobre rutilantes neveros, saltando de bloque en bloque, escalando y desescalando el escalonado derrubio de granito que por todas partes nos cierra el paso, brincando sobre caudales tumultuosos, tropezando y remansándonos con ellos iremos conociendo Los Montes Malditos y hasta el atardecer no lograremos alcanzar las verdes orillas rodeadas de pinares del Lago Paderne increíblemente transparente y como teñido de añil.

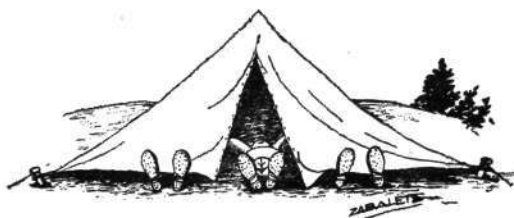
22 y 23 de Julio de 1944

Acompañado por Carlos Menaya Erburu
y Mariano López Sellés.

LUIS PEÑA BASURTO

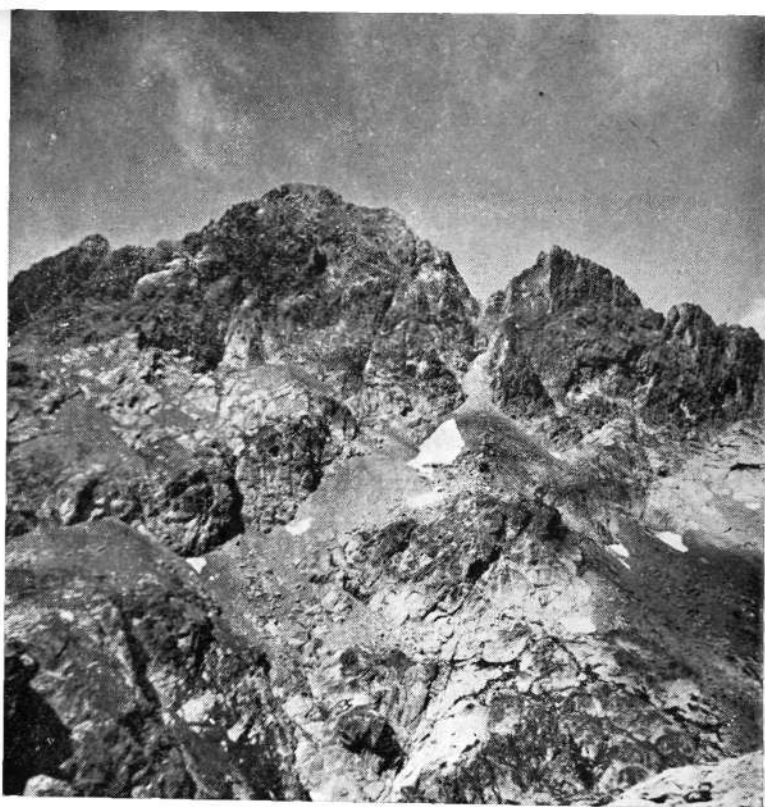
Del C. D. Fortuna, de San Sebastián.

(Ilustraciones en las páginas 5 y 35)



UBAGO, pico que
domina la entrada
del valle de Esera.

Fot. Peter Schnabel



MONTES MALDITOS.

Fot. Luis Peña Basurto

Vista a occidente del Portillón Superior. El Posets al fondo.